

imágen conservada en el papel arrebatada todavía las almas y las arrebatará hasta el fin. ¿Y por qué, sino porque él es el ideal encarnado, ideal que las almas llevan naturalmente en sí y buscan siempre? Se siente, se ve lo que debe ser él, él á quien se espera.

Luego toma las almas atraídas, y como un pescador de hombres ¹, como un buscador de perlas ², como un vendimiador de racimos ³, y como un segador de espigas, las lleva y las pone en su seno, y les dice: Estad en mí y yo en vosotros. Venid, venid á mí, y entrad en la vida. Vosotros todos los que teniais trabajos y estabais cargados, agobiados, heridos, paralizados, cubiertos de lepras, venid hácia la vida plena y hácia toda belleza. Sed perfectos en toda accion, en toda palabra y en todo movimiento interior. « Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. » Y tambien vosotros brillaréis como estrellas en el reino de vuestro Padre.

¹ Matth., iv, 19. « Faciam vos fieri piscatores hominum. »

² Matth., xiii, 45. « Simile est regnum cœlorum homini negotiatori quærenti bonas margaritas. »

³ Matth., xxi, 33, 34. « Homo erat paterfamilias, qui plantavit vineam... Cum autem tempus fructuum appropinquasset, misit servos suos ad agricolas, ut acciperent fructus ejus. »

CAPÍTULO VII.

I.

Nos acercamos á la divina consumacion. Contemplemos ahora el gran resplandor de su belleza, ¡su amor!

Pero aquí, para comprender, hace falta que uno mismo ame.

El que ama cree que puede dar, en todos los sentidos de la palabra, la vida por lo que ama. Tal vez se encuentra ahí el fondo y la razon del misterio de la creacion. Se cree poder dar primero el amor que se tiene, despues inocular lo que se sabe, curar toda tristeza y todo mal y traer al ser amado la gloria, la felicidad plena y la inmortalidad.

Esta esperanza de todo amor verdadero es el sentimiento de una bella maravilla que se realiza plenamente en Jesucristo.

Jesucristo ama y por su amor da todo. Hace pasar á nosotros todo lo que tiene y su vida misma.

Él mismo ha dicho esto de su amor : « Nadie puede « tener amor mas grande que el que da su vida por « sus amigos. Vosotros sois mis amigos. »

Pero tened buen cuidado de olvidar el sentido anticuado de la palabra amor, y procurad percibir la divina novedad, esa novedad que Jesucristo, por su vida real y su espíritu subsistente, le ha dado y le conserva.

Amor significa acto de alma, y no languidez de sentimiento.

Cuando Jesus dice : « Mi accion es incesante, » habla sobre todo de su acto de alma y del perpetuo ímpetu y del continuo movimiento de su corazon que ama y opera incesantemente para curar, instruir, inocular la fe, la actividad, el amor ardiente y la vida eterna.

La descripcion de la obra esencial del amor se encuentra en rasgos de fuego en Isaías : « Cuando « abrieres tus entrañas para el hambriento y consolares al alma angustiada, nacerá para ti la luz en « las tinieblas y tus tinieblas se convertirán en claridad de mediodía¹. »

Tal fué la obra de Jesucristo : dar su vida, ahora y en la hora de la muerte; dar actualmente su vida,

¹ Isaï, LVIII, 10. « Cum effuderis esurienti animam tuam, et animam afflictam repleveris, orietur in tenebris lux tua... »

su alma, su corazon su espíritu y su aliento y su contacto, y la virtud de su vida física, para curar, nutrir y regenerar, para inocular la sabiduría, la fortaleza, la vida divina y la inmortalidad.

¡ Misterio muy poco conocido! los hombres deben darse la vida unos á otros y sostenerse en la vida, y sostenerse para siempre, é inmortalizarse en Dios por la comunión de la vida.

¿ No comprendéis eso?

En la fortaleza de Dios, se han multiplicado en la tierra por la forma primera del amor; y por la mas alta forma del amor, en la fortaleza de Dios, se mantendrán inmortales.

Y esa forma del amor es la que trae Jesucristo para dar la vida eterna.

Para comprender el amor del Cristo, su estado de alma y su acto de alma, hace falta que siempre y ante todo os representéis que es hombre, hombre como vosotros. Concedid luego, cuanto os sea dado hacerlo hoy, que estáis en él y él en vosotros : eso es lo que os pide; y entónces echad con él una mirada por todo el globo. Ved allí los hombres, vedlos bien.

Contemplad primeramente de léjos la masa confusa, las pálidas muchedumbres oscurecidas. Contemplad todas las naciones y todos los tiempos. Contemplad esas aglomeraciones humanas que yacen

por tierra, holladas como ovejas dispersas, sin pastor que las guie y alimente.

Y procurad comprender entónces lo que quiere decir *miser cordia y misericordia de Dios* : piedad del corazon de Dios, derramada en nuestro corazon, con la inspiracion del Espiritu Santo y el suave consejo de Jesucristo, que pide vuestra vida entera para alimentar y vivificar esas muchedumbres.

Aproximaos luego y ved el pormenor de esas aglomeraciones; contemplad el semblante de los hombres, y fijad vuestras miradas en sus ojos!

Allí, ¡qué de dolores! ¡qué de tristezas! ¡qué de abatimientos y qué de mutilaciones! y tambien ¡cuántos recursos! ¡cuántas noblezas! ¡cuántos entusiasmos y cuántas bellezas!

Ved ahora si vuestro corazon no estalla de amor con el de Jesucristo y si os es posible no decir : « ¡Tuyo soy, oh mi Señor Jesucristo, para ayudarte á salvar el mundo! »

« Yo he venido á salvar el mundo ¹!... He venido « para que tengan vida, y la tengan en abundancia ²! »

¹ Joann. XII, 47. « Non enim veni ut judicem mundum, sed ut salvificem mundum. »

² Joann. x, 10. « Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant. »

II.

En el fondo, el objeto del universo, la voluntad de Dios, la verdadera religion, la verdadera felicidad es esto mismo, conviene á saber : que los seres racionales y libres se amen entre sí y lleguen á no tener mas que un corazon, un alma y una misma vida.

Pensad en ello : eso mismo es la beatitud, y la vida eterna, y la inmortalidad. ¡ Pensad en ello, os digo! ¿ Qué será pues cuando la fuerza generadora indefinida, depositada en el seno de la familia humana, recogíendose en la trasformacion, no sea ya el amor que multiplica, sino el amor que desarrolla, glorifica, embellece y sostiene? Cuando los que se aman, — y se amarán todos, — no pasen ya en la vida tan afanosos que apénas se perciben un instante, sino que por fin vengan, como cuerdos, á reposarse en la asamblea mas augusta, ó mas bien, como hijos, á sentarse despues de la carrera, del trabajo y de la lucha, en la mesa del padre de familia, trayéndole la gloria que él ha sembrado y el amor conquistado y merecido de que él es fuente; cuando hayan regresado para siempre decididos á permanecer todos juntos en la casa del padre y á vivir en ella entre hermanos, entre amigos muy queridos, entre desposados eternos : ¿ creéis acaso que

en esa beatitud, unidos entre sí y con Dios, no sabrán sostenerse mutuamente en la vida progresiva, en la luz progresiva, y en la posesion, la adoracion y la contemplacion crecientes del infinito de amor, de ciencia y de belleza?

III.

Lo que causa en mí honda impresion, es el ver que hoy en dia, entre los pueblos cristianos, los esfuerzos desesperados de la incredulidad y los últimos excesos de la radical negacion propenden á cada instante, con la mas extraña facilidad, hácia el deseo, la averiguacion, la afirmacion de ese venturoso ideal, que es el de Jesucristo. En las páginas mismas de los enemigos del Cristo leo que el progreso indefinido de las cosas acarreará quizas un dia entre los hombres, no solamente « la ciencia infinita », sino tambien « el poder infinito », el reinado de los espíritus inteligentes y libres sobre el universo, la resurreccion perdurable de las almas y de las conciencias, la vida completa de los hombres en Dios. Pero ¿por qué piden para estas cosas miles de millones de años? ¡Ah! pobre alma alucinada, es porque sientes realmente en ti la infinita distancia en que te has colocado libremente, léjos del objeto y del Padre. Tambien yo he conocido por mí mismo esa ilusion del

tiempo y del espacio, y he sentido en mi propio corazon la profundidad de la palabra: *Major è longinquo reverentia*. Cuando no se tiene en el alma la infinita virtud de la fe, es decir, como enseña San Pablo, la sustancia de las cosas que se esperan¹, no se puede creer en ellas, ó, si la razon misma induce á ello, no se puede creer mas que en lo infinito. Esperáis, está bien, ¡ánimo! pero ¿por qué de tan léjos? El niño, la mujer, el corazon mas sencillo que lleva dentro de sí á Dios y su fe, ese corazon cree en la existencia actual de las cosas divinas, en la existencia del Padre y de su Paraíso: « En verdad te digo, le dice la sabiduría eterna, que hoy estarás conmigo en el Paraíso². » El hijo de Dios cree firmemente en la presencia actual del Padre, en su mirada fija, en todo movimiento, en todo pensamiento. Vosotros creéis que nuestro Padre no está todavía presente, que no está todavía vivo, sino que, con el trascurso de miles de millones de siglos, llegará á ser, y que solo entónces habrá tenido razon la esperanza y habrá adivinado bien la fe. Sí, por cierto, pero la fe viviente cree que esto es así desde ahora, porque lleva en sí la sustancia misma de las divinas esperanzas. Ella nada ve, pero siente todo.

¹ Hebr., XI, 1. « Est autem fides sperandarum substantia rerum. »

² Luc, XXIII, 43. « Amen dico tibi : hodie mecum eris in Paradiso. »

Por lo que hace á vosotros, estáis viendo con vuestros ojos, como todos nosotros, que en nuestro planeta, en todos los hechos exteriores y visibles, el reinado del Padre no está completo. ¿Pero tenéis derecho para deducir de ello nada respecto de todos los demas mundos, que quizas tienen mas que nosotros miles de millones de años? ¿Qué podéis inferir respecto del sistema central de los mundos? ¿Qué sabéis de la vida invisible de los muertos? ¿Y cómo no comprendéis el peso divino y verdaderamente decisivo de la revelacion de Jesucristo? Mirad en los textos de esta revelacion; medita las enseñanzas del amor, las esperanzas de la consumacion y las instituciones ciertas del Cristo, y la indefectible fe de los cristianos, acerca del punto de que aquí se trata, la venida del reinado de Dios.

El reino de Dios está ya en medio de vosotros¹ dice Jesucristo, y se desarrolla como una semilla, la menor de las semillas, pero que llegará á ser el mayor de los árboles².

Decidme, ¿cómo queréis que así no sea, si el reinado de Dios ha de venir? ¿Cómo no habria de

¹ Luc. XVII, 21. « Ecce enim regnum Dei intra vos est. »

² Matth. XIII, 31, 32. « Simile est regnum cœlorum grano sinapis, quod accipiens homo seminavit in agro suo : quod minimum quidem est omnibus seminibus : cum autem creverit, majus est omnibus oleribus. »

estar pues en gérmen, puesto que hablamos de él y lo queremos? Y si el hombre animal se ha desarrollado en nuestra tierra, de cierta época acá, el hombre del reino nuevo, la raza de los hijos de Dios, que cree en el Padre y muere por esa fe en la vida eterna, ¿no es la misma que el Cristo vino á sembrar? El campo es el mundo; el que siembra es el hijo del hombre. ¿Cómo no percibís en Jesucristo los rudimentos de esa ciencia infinita y de ese poder infinito, y de ese amor infinito que se propone consumir á los hombres en la unidad, y para establecerlos en la mesa del padre de familia, nutrirlos con la bebida y el alimento que produce la inmortalidad? Ambrosía y néctar, decian las antiguas profecías. Nutrimiento misterioso y selecto que hace las reinas de abejas, dice la naturaleza.

Esos claros vislumbres de ciencia infinita, de poder infinito, y de amor infinito, que conducen á la inmortalidad, están precisamente manifiestos en el final de los cuatro Evangelios, en la segunda mitad de San Juan, y en los discursos que mas particularmente tienen el carácter de Testamento.

Aquí se resume toda su ciencia, toda su fortaleza, todo su amor, toda su alma, y, si puede decirse, todo su cuerpo; aquí él todo entero. ¡Mirad y ved! todo ello en una simple idea que es su testamento y su herencia.

Yo os doy, oh amigos míos, mi espíritu y mi cuerpo; permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros ¹.

Quien se alimentare de mí, no morirá ². Mi Padre y yo vendremos á él y haremos mansión dentro de él ³.

Y os doy un nuevo mandamiento, y es que os améis unos á otros ⁴.

Este mandamiento es la vida eterna ⁵.

Tal es este testamento que me parece implica lo infinito de la ciencia, de la potestad y del amor.

¿Cuál es el resultado final de la cuestión universal? Vedlo aquí: Todo lo que nosotros vemos, corre y pasa como el agua. Mas nosotros queremos y concebimos otra cosa. Queremos vivir eternamente.

Á eso responde Jesucristo: Yo traigo la vida eterna.

Esa es evidentemente la respuesta deseada por todos los corazones y por todos los espíritus.

¹ Joann., xv, 4. « Manete in me et ego in vobis. »

² Joann., vi, 35, 50. « Ego sum panis vitæ... Hic est panis de celo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. »

³ Joann., xiv, 23. « Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus. »

⁴ Joann., xiii, 34. « Mandatum novum do vobis: Ut diligatis invicem sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem. »

⁵ Joann., xii, 50. « Scio quia mandatum ejus (Patris) vita æterna est. »

¿Pero cuál es el medio de salir de la vida que pasa para entrar en la que permanece? ¿Qué es menester para eso? ¿Necesito aplicar á las cosas y á mí mismo las fórmulas de la ciencia infinita?

No. La respuesta es de evidencia absoluta y de simplicidad divina.

« Los que hacen el bien irán á resurrección de vida, y los que hacen el mal á resurrección de juicio ¹. »

De modo que la rectitud, la justicia, la bondad y la buena voluntad son las que conducen al fin supremo de la esperanza.

Sí, eso debía ser, y la ciencia absoluta debe volver á esta simplicidad. Esas son las fórmulas prácticas de la ciencia, en las cuales Dios ve lo infinito, y yo la simple evidencia del deber.

Resulta pues que el objeto final del universo es la obra y la conquista de la buena voluntad. ¿Pero acaso me son menester, para hacer esta conquista, millares de millones de siglos y la ciencia infinita? No, bástame la práctica del bien, del bien tal cual lo enseña Jesús, y cada alma puede hoy mismo tocar al objeto: « *HODIE, mecum eris in paradiso* ². »

¿Mas puede conjeturarse algo respecto de lo que constituye la esencia de la vida eterna?

¹ Joann., v, 29.

² Luc, xxiii, 43.

Sí, y la respuesta es también verdaderamente digna de Dios. « Yo sé que su mandamiento es la vida « eterna ¹. »

« El nuevo mandamiento que os doy, es que os « améis unos á otros del modo que yo os he amado « á vosotros ². »

Luego, el amarse unos á otros constituye la vida eterna.

¡ Procurad, procurad frecuentemente concebir lo que sería el linaje humano si todos los hombres se amaran unos á otros !

Jesús anuncia la posibilidad de este amor nuevo, y de parte del Padre trae su mandamiento. Ahora bien, si el linaje humano, por medio del amor tal cual es en el estado presente, se multiplica en generaciones sucesivas y derrama sobre la tierra esas olas que pasan y que absorbe la muerte; ¿ no puede esta misma fuerza que multiplica incesantemente, conservarse siempre cuando sea trasfigurada en Dios? Y el amor nuevo trasfigurado en Dios, ¿ no puede llegar á ser la savia de la inmortalidad?

¿ Pero qué ha dicho Jesucristo? « El nuevo mandamiento que os doy es que os améis unos á otros « del modo que yo os he amado á vosotros. »

¹ Joann., XII, 50.

² Joann., XIII, 34.

¿ Y cómo ha amado? Él mismo nos lo dice. Ha amado hasta dar su vida por los que ama ¹.

¿ No concebís idealmente que si cada ser supiera y pudiera, sin ninguna restricción, dar incesantemente su vida, habría en el universo entero una circulación perfecta que mantendría todo en la vida?

Pues bien, Jesús viene precisamente á traer este nuevo amor que se da para que se tenga la vida, y para que se tenga la vida cada vez más abundantemente ², es decir la vida eterna.

¿Cuál es la grande institución positiva de Nuestro Señor Jesucristo, el centro de ese culto que es espíritu y vida? ¿ No es el don de su vida, de su carne, de su sangre, de su alma y de su espíritu, y del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo en este único don? ¿ No ha entendido darse perpetuamente él mismo, no solamente en la hora de su muerte sino todos los días y hasta la consumación de los siglos, á fin de que todos tengamos la vida y seamos mantenidos en la vida, y en la vida cada vez más y más abundante?

Sí, entiende vivir él mismo real y verdaderamente en los que quieren amar como él ama : *in me ma-*

¹ Joann., xv, 13. « Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. »

² II Joann., x, 10. « Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant. »

net et ego in eo. El Cristianismo todo entero lo explica así. « Jesucristo, exclama San Pablo, Jesucristo « es quien vive en mí. » Y San Pablo dice en otra parte : « Glorificad á Dios y llevadlo en vuestro « cuerpo. » Los primeros cristianos se llamaban llevadores de Jesucristo : *χριστοφόροι*. San Pablo describe en otra parte tambien el conjunto de los hombres, unidos entre sí y con Dios, como viviendo de una misma sangre que es la sangre de Jesucristo, en quien somos todos un mismo cuerpo y miembros los unos de los otros ¹.

¡ Y qué seria si se tuviese aquí tiempo de desenvolver la doctrina del Espíritu, del Señor, viviente en el alma y en la Iglesia!

Tal es el amor de Jesucristo. Nunca se habia dicho ni se habia visto nada semejante. Él responde plena y claramente á los deseos mas inmensos y mas sublimes de la esperanza y del amor.

¹ « Multi unum corpus sumus, singuli autem alter alterius membra. » Rom., XII, 5. — « Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi. » I Cor., VI, 15. — « Vos autem estis corpus Christi et membra de membro. » I Cor., XII, 27. — « Membra sumus corporis ejus, de carne ejus et de ossibus ejus. » Eph., V, 30. Véase ademas: Col., II, 19; Cor., XI, 16; Eph., I, 7; Col., I, 14 y I, 20; y otros muchos textos de San Pablo, tan místico acerca de este punto como San Juan mismo.

CAPÍTULO VIII.

CONCLUSION.

I.

Pero todos estos retratos del Señor nada son ; las palabras nada son : es menester verle á él mismo y tocarle.

Es menester, en la investigacion de la verdad, curarse de una grande ilusion que padecen comunmente todos los hombres que leen, la de que el mundo literario lo es todo y que todo se hace por medio de pensamientos y lecturas. Ese es un grande error : la verdad real y viviente no está ahí. El que no comprende eso, ni siquiera ha comenzado todavía.

Esa ilusion es análoga á la que por tanto tiempo tuvo descarriado al espíritu humano en la investigacion de las ciencias de la naturaleza. Los sabios solo escudriñaban en los libros y en sus cerebros;